

No han de tenerse inclinaciones en exceso agoreras para creer que cada vez estamos más conectados y, paradójicamente, cada vez mantenemos menos conversaciones reales. En una fecha tan precibernética como 1959, Michael Oakeshott –pensador de pedigrí– ya reclamaba la urgencia de rescatar del «lodazal» las artes de la conversación, en cuanto la capacidad de dialogar marca la separación radical «entre el hombre civilizado y el hombre bárbaro». Es la conversación como aprendizaje recíproco de humanidad, según Fumaroli; como la mejor manera de enriquecer –o arruinar– nuestro espíritu, a decir de Montaigne. Sin afanes tan grandilocuentes, este amplio diálogo con Valentí Puig pretende al menos amparar la forma de urbanidad, placer y conocimiento que eran esas largas conversaciones ya perdidas en cualquier *chester* de cualquier club.

No en vano, si la propia transmisión cultural puede entenderse como la «conversación con los difuntos» de nuestros barrocos, la sociabilidad intelectual también ha sido fundamental para el aprecio de las texturas de complejidad de la naturaleza humana. Es una larga historia. Ahí están los moralistas franceses, quizás inigualados en sus intuiciones imperecederas sobre el hombre. En esos salones del Gran Siglo prendería la tertulia como manera privilegiada de la civilidad. En su vertiente cívica, sin embargo, la conversación embrionaria de

la opinión pública iba a tener influencias aún más benéficas: si los miramientos de la socialización implican la moderación de las pasiones, la conversación ciudadana de entidad –conforme profetizó el ilustrado Hume– será la mejor garantía de estabilidad política. Con un punto no por más pedestre menos verdadero, Orwell supo ver sus concomitancias con la libertad al defender –en plena guerra– la apertura de unos *pubs* que las gentes frecuentaban «tanto por la cerveza como por la conversación». Es un contraste significativo que Stalin o Hitler –según sabemos– sólo admitieran la forma del monólogo con su círculo de íntimos.

De «la convivialidad italiana y católica» a la «diplomacia del *esprit*» a la francesa, es tentador definir la civilización, con el citado Oakeshott, como la herencia de una larga conversación de siglos. Tal vez hoy, sin embargo, andemos lejos de tantas sutilezas, lo que constituye una motivación más para este libro. En tiempos recientes, el escritor Stephen Miller –nada que ver con el Stephen Miller de Trump– ha recopilado no pocas causas del ocaso de ese intercambio de ideas que Johnson consideraba «el único placer verdadero» al margen de las batallas del amor. Según Miller, los movimientos contraculturales no sólo han postulado la «acción directa» en detrimento de la palabra, sino que han afirmado un carácter virtuoso, por ejemplo, en la expresión de la ira o «indignación» política. Por supuesto, quien se muestra tan autosatisfecho en su moral como intransigente en sus demandas tendrá en poco la razón ajena. Asimismo, no hace falta fatigar de más las redes para observar una similar reacción contra la norma conversacional del respeto debido al otro:

principios sagrados en nuestros días, la autenticidad y la autoexpresión rara vez van más allá de descubrir el punto de vista de uno mismo.

No son signos de los tiempos cuyo cambio sea previsible a corto plazo, pero también puede pensarse que la conversación ha sido sintomática, en tantas ocasiones, de una resistencia del espíritu, de un terreno ganado para la libertad, de un desquite de la injusticia y también de un acceso a la sabiduría por el gozo. Como dijimos, nuestros propósitos con este libro no son tan altos. Pero ojalá que el caudal de esta charla con Valentí Puig sea un paréntesis de amenidad para sobrellevar tanta banalidad que nos rodea.

•

Más célebre al cabo por su oralidad que por sus libros, el doctor Johnson –uno de los grandes charlistas de la Historia– tenía la conversación como «prueba de vigor intelectual». A lo largo de las muchas sesiones de *La vista desde aquí*, Valentí Puig no ha dejado de afirmar ese «vigor intelectual» bien conocido por sus lectores. Es así que –si se permite la presunción– el lector de este volumen encontrará abundante pensamiento de fondo sobre los temas de nuestro tiempo, desde las incertidumbres propias del cambio de época que ahora vivimos hasta un escenario internacional definido por el retorno de populismos y nacionalismos. La reflexión en clave nacional –con un pie en nuestra Historia y otro en la actualidad– se hará también presente con sus esperanzas e inquietudes y, como podía esperarse de un escritor que alterna catalán y castellano, con importantes iluminaciones sobre Cataluña en su dimen-

sión hispánica. «Conservador de centro» y moderado a despecho de los sucesivos últimos gritos en materia de ideología, el liberalismo conservador, especialmente en su encarnadura española, recibe asimismo su atención en la conversación con Puig. De igual manera, en un opinador de tan dilatada trayectoria, se hacía necesario inquirir sobre la circunstancia –pasada, presente y futura– de la prensa. Como puede verse, la materia, en principio, es suficientemente surtida como para convocar intereses muy diversos.

Con todo, si se admitiera la expresión de una preferencia, uno se tomaría la libertad de escoger dos. En primer lugar, la crítica social y cultural que –en apartados como «Formas perdurables»– alcanza a mi entender un singular vuelo de lucidez. Y, en segundo lugar, el recorrido por la obra del propio Puig, en contacto con su ideal literario y su itinerario vital, ámbitos que, si bien esparcidos por todo el volumen, centran el contenido de «Nulla dies sine linea». No en vano, este libro sirve a la idea de ofrecer una forma de pensar el mundo desde las coordenadas propias de la experiencia y las pasiones intelectuales de Puig y, ante todo, de permitir a la curiosidad del lector una mirada más profunda hacia una obra que merece atención por su hondura y recorrido. Cuanto quede de insatisfecha esa curiosidad habrá de figurar entre las limitaciones de mi trabajo como entrevistador. Por si acaso, y a modo de *excusatio non petita*, ofrecemos al final del volumen un pequeño ensayo donde se encarece la huella de Puig como escritor e intelectual público.

•

Sería en la primavera de –creo– el año 2005 cuando llegó una carta a la redacción de mi periódico. Para pasmo de los directores, se me invitaba –redactor novicio como era– a tomar parte en un selecto seminario dirigido por Valentí Puig. Llegado el día, tuve ocasión de saludar a un escritor cuya finura admiraba desde muy joven. De entonces a esta parte, esa admiración es mayor y no menor, fortalecida con charlas que tal vez hayan sido incontables, pero sin duda menos incontables de lo que uno hubiera querido. Así se ha venido sellando una amistad que, no obstante, nunca he fingido que fuera entre iguales; para uno, como para tantos otros, Puig es lo que solemos llamar un maestro. La idea que impulsó este libro, en consecuencia, sólo podía ser rendirle homenaje y celebrar su obra. Y, si no es indiscreción, pagar la deuda de afecto que, como joven letraherido, contraí con la generosidad intelectual de un gran escritor. Para quien esto escribe, cuesta pensar que la gestación de cualquier otro libro conlleve tanta ilusión y que su publicación cause tanta alegría.

El apoyo, el entusiasmo y la vocación editora de Clara Pastor han hecho posible *La vista desde aquí*. Vaya para ella el mayor agradecimiento. También quisiera dejar patente mi gratitud al propio Valentí Puig, cuya hondura en la entrevista sólo es comparable a la paciencia y disponibilidad que siempre mostró al entrevistador. En cuatro o cinco meses de intercambios continuos uno no ha querido ser un entrevistador matarife, sino propiciar una conversación amena y rigurosa, amistosa y –a la vez– sin compadros. Ojalá sirva al propósito del lector de este libro. A uno, en todo

caso, le ha dado un tiempo extraordinario de complicidad y placer intelectual, en busca de ese ideal tan humano y tan noble de convertir nuestro día a día en «un mundo conversable».

IGNACIO PEYRÓ
Madrid, enero de 2017